

María Soliño

CUANDO DEJE DE LLOVER



¿Sabes dónde están tus límites?



Círculo Rojo
REVISTA

Cuando deje de llover

María Soliño Barcia

Primera edición: febrero 2019

ISBN: 978-84-1317-679-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: María Soliño Barcia

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía portada: Diego Mora

© Diseño y composición portada: Valentín Soliño

© Fotografía autora: Tamara Fernández y Andrea Soliño

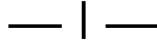
Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

*“A todas esas criaturas luminosas
y deliciosamente imperfectas
que son las mujeres.
Esta historia es vuestra.”*



*“El acto más valiente es pensar por una misma.
En voz alta.”*

Gabrielle Chanel

30 de marzo de 2017, jueves.

12:30h

En los auriculares de su MacBook sonaba Dua Lipa y su "Be The One."

Esperaba cada vez más nerviosa, aunque trataba de parecer tranquila.

«Que no se me note...», se decía a sí misma.

El corazón le palpitaba cada vez más deprisa.

«¡Mierda, joder!... se va a dar cuenta...».

Y es que, a sus cuarenta y seis años, no podía creerse que se le estuviese pasando esto por la cabeza.

Estaba casada con un hombre estupendo que la adoraba. Guapo, buen padre, buen profesional, con un status económico y social envidiable y del que estaba profundamente enamorada.

¿Estaba loca?

¿Sería capaz de arriesgarlo todo por vivir una pasión?

¿Una fantasía?

Ese hombre la trastornaba. Le quitaba la respiración. No era capaz de articular más de dos frases seguidas en su presencia. Como si tuviese quince años.

No entendía nada, pero ahora estaba esperándole con una sensación de vértigo, vergüenza y deseo.

Le vio entrar en la terraza y buscarla con la mirada. Marina le hizo un gesto con la mano y un hormigueo comenzó a recorrerle desde los pies hasta las ingles.

Se levantó de la silla para ir a su encuentro trastabillando un poco por culpa de los tacones que se había puesto esa mañana.

Quería parecer sexy.

«¡Qué coño! ¡Quería ser sexy!», pensó al escogerlos.

Él la reconoció al instante y fue directo hacia ella, cogiéndola por la cintura con una mano y dándole un par de besos. Uno en una mejilla y el segundo casi en la comisura de los labios.

«Jodeer».

No podía apartar la vista de sus labios.

«Mmm... ostras, ¡le metía la lengua hasta la garganta!».

«Buff... A ver, ¡céntrate mujer, que se va a dar cuenta!».

«¡Pero es que está tan bueno!».

«Tiene una barbilla perfecta, una mirada traviesa y un "je ne sais quoi", que me trastorna y me nubla la mente».

«No puedo pensar».

Marina se recompuso un poco y trató de no tartamudear cuando intentó pronunciar su nombre.

—Hola, Lorenzo, ¿qué tal?, ¿cómo estás?, ¿has encontrado el lugar fácilmente? o ¿te ha resultado complicado?

«¡Mierda!, cuatro preguntas seguidas... así... de sope-tón».

«¡Parezco una metralleta!».

«Mejor me callo».

—¡Jajajaja! ¡Caramba, Marina!, disparas a dar, ¿eh?

«¡Joder... lo sabía!».

—¡Jajaja! ¡Perdona, Lorenzo!, si es que no tengo remedio... ya me vas conociendo... ¿Qué te apetece tomar?

—A ver... Hmm... Una caña estará bien —dijo ladeando la cabeza y mirando al camarero que se había acercado para tomar nota—. ¡Oye!, no conocía este sitio. ¡Las vistas de la Ría son impresionantes!

—Sí, está muy bien. Puedes ver desde las Cíes hasta el Puente de Rande. Yo suelo venir mucho. Me queda cerca y la terraza es muy agradable, sobre todo en verano, con la brisa del mar. A veces, vengo incluso a trabajar y aprovecho para desconectar un poco. No me gusta estar encerrada en el despacho todo el día. ¡De vez en cuando necesito aire fresco para renovar ideas! ¡Jajaja! —explicó mientras daba un sorbo a la copa de su vermut.

—Bueno, cuéntame... ¿qué tal la semana? —preguntó Lorenzo.

«¡Pues, pensando en ti a todas horas!».

Marina se ruborizó.

—Esto... eh... bien, bien... nada. Lidiando con algún cliente pesado... ¡Ya sabes!... ¡Lo de siempre!

—No me extraña que los clientes se pongan pesados —respondió Lorenzo juntando los labios en una mueca divertida—. ¡Con una mujer tan guapa como tú es difícil no hacerlo!

«¡Ay, Dios, ¡no me digas esas cosas hombre, que me atontas todavía más!».

—¡Qué amable eres, Lorenzo! Pero es cierto. A veces los tíos os podéis poner muy pesaditos y yo, últimamente, ya no tengo la paciencia que tenía antes. ¡Y creo que también estoy perdiendo la poca mano izquierda que tenía!

Lorenzo sonrió arrugando la nariz y sacudiendo la cabeza arriba y abajo con un gesto de aprobación. Cogió la caña que acababan de servirle y la levantó en un guiño de complicidad hacia Marina antes de darle un trago.

Olía a cuero, madera y limón en una mezcla que resultaba fresca, sexy y masculina a partes iguales.

Cada vez que gesticulaba su aroma llegaba hasta ella produciéndole una sensación extraña y atrayente, no lo podía evitar.

Mientras Lorenzo hablaba, Marina se deleitaba recorriendo el contorno de su cara. Sus labios, su mandíbula cuadrada tan perfecta y con una ligera sombra de barba rodeándola. Su pelo canoso con sus ondas perfectamente alborotadas. Se fijó en una pequeña cicatriz a la altura del pómulos izquierdo que resaltaba en su piel aceitunada, dándole un aspecto más interesante si cabe.

Quitó el USB de Lorenzo de su ordenador, cerró el portátil y lo guardó en su maletín tras devolverle el *pendrive* y comentar algunos aspectos del Seminario con los que tenía dudas.

Pidieron otra ronda y continuaron charlando sobre temas más personales.

Lorenzo le contó que estaba casado y que su mujer, Patricia, era la encargada de una tienda de decoración de una conocida cadena. Tenían un hijo de 12 años, Iván.

—Últimamente nos vemos poco, porque ella trabaja demasiado y mis viajes también me ocupan bastante tiempo.

—adoptó una expresión seria mientras cogía el vaso para darle un nuevo trago— Pero bueno... supongo que son etapas. No sé... por suerte, mi trabajo me permite escoger los eventos que quiero cubrir y aunque podría viajar menos, la verdad es que me gusta hacerlo.

Marina le habló de Ernesto y de sus mellizos. También le comentó la relación tan tirante que tenía últimamente con Daniel y los problemas que le creaba trabajar con alguien tan diferente a ella.

—Es que a veces le mandarí a la mierda, te lo juro, Lorenzo.

—Mujer, algo bueno tendrá.

—Sí... A ver... No todo es malo. Tiene muchos contactos que nos proporcionan clientes con muy buenas cuentas para la agencia. Y además, es como un padre para mí.

—Pues eso.

—Ya... Pero es un déspota con los empleados y mi equipo es muy bueno. Yo personalmente me encargo de seleccionarlo siempre. Me respetan y yo les respeto a ellos. — Marina hizo una pausa y miró hacia el mar— ¡Pero con él todo es más difícil! —continuó volviendo a poner la vista en la mesa y haciendo girar la guinda de su copa con la punta del índice— Me conoce desde que era una niña y quizás por eso no consigue verme como una igual. Para él sigo siendo la hija de José Antonio, a la que veía jugar cuando venía a casa.

—Supongo que algo de eso habrá —contestó Lorenzo a la vez que le daba un último sorbo a su cerveza.

—Sí, supongo que sí —respondió poniendo cara de resignación—. Bueno, pues nada... Oye... ¡Me ha encantado charlar contigo! ¡Gracias por venir! Tengo que marcharme, que recojo hoy a los niños y se me hace tarde, pero otro día podemos volver a quedar si te apetece.

—Mujer, ¡Qué cosas tienes! ¿Cómo que gracias?. Gracias a ti por ayudarme con la info del Seminario y pasarme los documentos. Para mí, la parte de marketing es bastante coño, la verdad, y ahora lo tengo mucho más claro —dijo

mientras se levantaba y recogía el platillo con el ticket de las consumiciones.

—¡Oh, no! —Marina intentó quitarle el ticket de la mano sin conseguirlo—Lorenzo, no, no. Yo invito, ¡por favor!

—¡Jajajaja! Noooo... De ninguna manera —contestó apartando la mano—. Soy un hombre chapado a la antigua. Te invito yo.

—¡Bueeeeno!, pero antiguo no... mejor di *vintage*, que es como dice ahora. ¡Jajaja! ¡Suenan mejor! —respondió guiñándole un ojo y sonriendo.

Lorenzo se agachó y recogió el maletín de Marina del suelo mientras apartaba una de las sillas para que pudiese pasar.

—Toma, guapa. Tu maletín. —le tendió la mano— ¡Y por supuesto que quedamos otra vez! ¡Por mí encantado! Eres una mujer estupenda y a mí también me ha gustado mucho hablar contigo y tomar algo. De todas formas, nos veremos mañana en el Seminario, ¿no?

—¡Ay... claro! ¡Mañana ya es viernes! —dijo llevándose la mano a la frente y arqueando las cejas con expresión de despiste— ¡Si es que ando a mil cosas y ya no sé ni en qué día vivo! ¡Jajaja!... Sí, por supuesto. Allí estaré. No quiero que me pongan falta como en el colegio. —se colgó el maletín del hombro y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—¡Perfecto! Nos vemos mañana entonces y si te apetece, al terminar, podemos acercarnos hasta el Camaleón a tomar una cerveza y unas tapas... Si quieres, claro... —dijo recogiendo el cambio de las consumiciones.

Marina se puso colorada y no fue capaz de articular durante tres segundos.

La proposición de Lorenzo la pilló totalmente desprevenida.

«¿Qué me estás diciendo, guaperas?, ¿quieres volver a quedar?»

«Bufff... Marina, Marina... ¿sabes dónde te estás metiendo?».

—Sííí... ¡Sin problema ninguno! Nos tomamos unas cañas o un vino por ahí, en el Camaleón o en el Marina Cíes, que

también está muy bien —respondió cuando por fin pudo hablar.

Salieron del Albatros y bajaron las escaleras de la Estación Marítima.

Continuaron caminando y charlando un poco más hasta llegar a la altura del centro comercial.

—Bueno, pues nos vemos mañana entonces. Tengo el coche en el parking, así que ya entro por aquí. Oye, ¡encantado de verte! y gracias otra vez por ayudarme con el Seminario.

Lorenzo sujetó con su mano el antebrazo de Marina y le dio dos besos en la mejilla, el segundo rozando de nuevo la comisura de sus labios.

A Marina le temblaron las rodillas.

«Joder, ¡este tío está cañón, cañón!, ¿pero qué coño me pasa con él?».

«Es que no puedo dejar de mirarlo».

«Cómo huele... Dios... ¡me encanta!». —pensaba mientras correspondía con sendos besos ella también.

«Esto no está bien. Para, Marina. Para».

—Nada, Lorenzo. Ya te dije que no es nada, hombre. Al contrario, un placer. Venga, ¡cúidate y nos vemos mañana!

Le vio entrar por las puertas acristaladas y perderse en el interior del centro comercial.

Comenzó a caminar por el paseo en dirección a casa con una sonrisa dibujada en la cara.

Buscó el móvil en el bolso y abrió el WhatsApp.

Marina_13:55

Acabo de tomar algo con Lorenzo en el Albatros. ¡Es tan mono!..., igual vamos mañana a tomar algo otra vez al salir del Seminario (*emoti sorpresa*)... joder ¡está buenísimo!... (*mono tapándose los ojos*). Ay! Estoy flipando, Nona... me tiemblan las piernas cuando estoy con él. Parezco una niña pequeña. Ja-

jaj. Te llamo por la tarde y hablamos un rato. Ok. Besos.
(3besos)

—34 días antes.

24 de febrero, viernes.

09:42h.

Marina entró en su despacho y dibujó una sonrisa en la cara.

«¿Y esto?».

Encima de la mesa había un gran ramo de rosas rojas con un tarjetón en forma de estrella.

El aroma de las flores inundaba toda la estancia.

Apoyó el bolso, la prensa y el correo que Cristina, su asistente, le había dejado en la bandeja de recepción a un lado de la mesa y abrió la tarjeta.

“A la mujer más maravillosa del planeta.

Feliz cumpleaños, mi amor.

Te quiero. Ernesto.”

«Buff...» —dijo sacudiendo la cabeza y llevándose la tarjeta al pecho.

«Este hombre es increíble».

Las contó.

Cuarenta y seis.

«¡Joder!».

«Pues sí. Una por cada año».

«¡Jajaja!, ¡me encanta, me encanta!».

Llevó el bolso al perchero y sacó el móvil.

Se sentó en su sillón y le dio al botón de encendido de su iMac.

Mientras esperaba abrió el WhatsApp y buscó “AA Ernesto”.

Marina_9:56

Estás loco. 46 rosas!!!

Son preciosas. Te quiero.

¿Cenamos esta noche, no? (beso, guiño, corazón)

AA Ernesto_9:58

Loco??? No sé a qué te refieres. (*cara de pensar, risas*).

Feliz cumple otra vez guapa. Me alegro de que te gusten las rosas.

Cenamos esta noche en La Trastienda. Tenemos reserva para las diez.

Te dejo que entro en sala.

Te quiero. (*beso, corazón, tarta de cumple, regalo*)

Marina disfrutaba de una buena vida. Acababa de cumplir 46 años y era fundadora y directora de MissMussa, una agencia de publicidad que ocupaba la última planta del edificio Simeón, uno de los más bonitos y céntricos de Vigo, en plena Puerta del Sol.

Tenía doce empleados fijos y en la temporada alta de campañas llegaban a ser hasta quince.

Había fundado MissMussa con Natalia, una compañera de la facultad cuando ambas tenían 28 años.

Al principio, todo fue bien. Empezaron con tres publicistas y poco a poco comenzaron a crecer, pero a los dos años de abrir la agencia, Natalia lo dejó todo y se fue a Madrid exigiendo su parte de las acciones y dejando a Marina colgada con sueldos y deudas que pagar.

Ahora su socio era Daniel Durán, un viejo amigo de su padre José Antonio, que la conocía desde niña y que cuando se enteró de la situación no dudó en poner el dinero para salvar la agencia del cierre, comprando las acciones de Natalia por el dineral que pedía.

Daniel tenía 65 años y era un hombre de negocios con multitud de inversiones, sobre todo inmobiliarias.

Un tiburón, como ella le llamaba en confianza.

No tenían la misma visión a la hora de llevar el negocio y eso provocaba bastantes roces entre ellos.

Daniel tenía un estilo agresivo y dominante con los empleados y con ella misma muchas veces, lo que la sacaba de sus casillas con frecuencia. Además no tenía reparos en aceptar cualquier cliente viniese de dónde viniese.

—Es dinero —decía—, y el dinero paga tus facturas y las nóminas.

Marina en cambio tenía un estilo totalmente diferente.

Quería que su firma fuese un lugar dónde las personas se sintiesen a gusto.

Seguir una línea de trabajo ética y responsable, tanto para sus clientes, cómo para sus empleados y eso pasaba por no trabajar con cualquier empresa ni aceptar cualquier campaña.

Habían tenido muchas broncas, sobre todo últimamente, e incluso su padre y su marido habían tenido que mediar varias veces entre ellos.

Marina era una mujer muy atractiva. Alta y delgada, con una larga melena castaña con reflejos dorados. Sus ojos eran grandes y profundos, de un color avellana oscuro y sus labios carnosos y bien dibujados. Tenía una piel blanquísima y un cutis fino y muy cuidado. Su rostro era ovalado y su cuello largo y suave.

A pesar de ser delgada tenía unas caderas rotundas y unos pechos muy sensuales.

Estaba casada con Ernesto Del Valle, un hombre alto, medía casi un metro noventa, de figura atlética y muy guapo. Con el pelo de color castaño oscuro y muy abundante. Lo solía llevar peinado hacia el lado derecho dejando su ancha frente despejada. Sus ojos eran de un color azul intenso y sus labios algo más finos, dejaban ver una dentadura perfecta.

Ernesto tenía 49 años, tres más que Marina y era Magistrado de la Audiencia Provincial de Pontevedra.

Se habían conocido en Baiona, donde ambos veraneaban.

Habían salido a cenar con un grupo de amigos y por un error en la reserva del restaurante, Marina y sus dos amigas se habían quedado sin mesa. Se sentaron en la barra esperando a que alguna quedase libre y Ernesto se acercó a ella ofreciéndoles un hueco en la suya. A Marina le pareció un